*i*

h

EE DIRECTOR ESPIRITUAL DE EOS ESTUDIANTES
UNIVERSITARIOS

por el R. Dr. D. Antonio Griera, Profesor del Seminario Conciliar de Barcelona
y D. Raimundo Paniker, del Secretariado del Apostolado Universitario

El estudiante universitario es parte integrante de un grupo social *sui gene- ris.* Ni es obrero ni es patrono, ni forma parte del grupo de hombres que cons­tituyen las profesiones liberales. Es un error equiparar al estudiante universi­tario al normalista, al alumno de bachi­llerato, o al estudiante de una escuela técnica o comercial.

Si el estudiante universitario forma socialmente un grupo aparte, religiosa­mente merece también una considera­ción especial. Ni es congregante ni mi­litante de A. C. ; el estudiante univer­sitario, desde la Edad Media hasta nues­tros tiempos, ha sido considerado reli­giosamente como un elemento *sui gene- ris,* como una especie de novicio al cual, el día de mañana, se confiará una gran misión espiritual. El dirigente de ma­ñana necesita una elaboración espiritual especialísima...

*Evoca sus recuerdos de estudiante en la Universidad de Halle, de ambiente protestante y hostil al catolicismo, en donde el pequeño grupo de estudiantes católicos recibía frecuentemente del Di­rector espiritual de las organizaciones católicas de Alemania, Dr. Cari Son- nenschein, y después en* 1910-1911, *en la de Zurich, en donde se acababa de llamar a un Sacerdote eminente para confiarle la dirección espiritual de la ju­ventud universitaria:*

Monseñor de Mathis, gran escritor, era un Sacerdote finísimo, de conversa­ción amena, distinguidísimo. Tenía su casa abierta y su hora de visita para los estudiantes. Cada jueves, en pequeño comité, después de cenar nos reunía en su casa ; tomábamos el té, nos contaba cosas maravillosas de sus viajes por Oriente ; uno de nosotros disertaba so­bre un tema previamente señalado y, hacia las doce de la noche, aquella troupe internacional se retiraba a sus casas, después de rezar las letanías y de recibir la bendición con el Santísimo en su oratorio particular. Eos domingos asistíamos a su misa en este oratorio, di­

rigía nuestras conciencias, comulgába­mos y más tarde asistíamos a su confe­rencia que daba en la Parroquia. El era nuestro padre espiritual y nuestro, cama- rada, con quien departíamos el interés por los ideales de la Ciencia, de la vida religiosa y de Cultura.

Aquí tenemos resumida la labor del

Director espiritual de los estudiantes universitarios.

En cambio, nuestro estudiante es una especie de judío errante. Nadie se pre­ocupa de su vida espiritual, nadie le re­suelve los graves problemas de orden espiritual, de vocación e incluso de or­den económico que le preocupan...

*Alude a los peligros de las grandes ciudades para los’'estudiantes que no en­cuentran residencias dignas.*

El estudiante universitario que viene de fuera, y también el de la ciudad, ne­cesita un Director espiritual universita­rio, joven y atrayente, que se preocupe de su formación espiritual.

El Director espiritual de los universi­tarios de cualquiera de los países tiene en su casa un despacho con unas horas de visita, soluciona los conflictos de orden espiritual e incluso de carácter econó­mico de sus dirigidos ; cada mañana y cada noche oye sus confesiones; los do­mingos y días festivos celebra la misa para los estudiantes exclusivamente, y si la Universidad no tiene predicador es­pecial, les explica la homilía que, por ir dirigida a la juventud estudiosa, debe tener un tono y un contenido espe­ciales.

*El predicador de la Universidad*

Cuando era joven estudiante, todas las Universidades del Reich tenían su pre­dicador, o predicadores si la Universi­dad tenía Facultad de Teología católica y protestante.

Uno de los Profesores más eminentes de la Facultad de Teología de Halle am Saale era el predicador universitario ; lo fué Harnach, para la Universidad de Berlín ; lo fué el Profesor Faulhaber, antes de ser Obispo y Cardenal de Mu­nich ; lo fué el eminente investigador y conocedor de San Agustín, el Prelado Mausbach, como lo fué Scherl, si no

recuerdo mal, para la Universidad de Würzburgo, y Karl Adam, para la de Tiibingen.

Tenemos en Barcelona alguna iglesia, hoy no destinada al culto, que podría convertirse en iglesia de la Universidad, donde el Director espiritual de los estu­diantes desplegara su actividad, donde un gran teólogo y predicador expusiera claramente la doctrina de la Iglesia.

Apéndice

Después de la comunicación del Re­verendo Dr. Griera, sólo me queda como estudiante — y en algo a representante de ellos — adherirme a sus sugerencias y, a lo sumo, dada la importancia del tema, subrayar algunos de los puntos ya tocados, tratándolos «desde dentro»

■— se podría decir —, eso es, como uni­versitario.

No es preciso hacer resaltar el lugar de primer rango, que para la armonía entre la ciencia y la vida — que sólo puede consumarse plenamente a través de lo religioso — ocupa la misión y la personalidad de un Director espiritual de universitarios.

Si no puedo — pues me falta autori­dad para ello — ni debo extenderme en especificar la misión propia del Director, sí puedo decir lo que el estudiante de­searía encontrar en él.

El estudiante desea, pide, exige al­guien que le comprenda aun mejor que él a sí mismo se comprende ; alguien que sepa y viva sus preocupaciones — que, quizá sí, podrán ser pequeñas, pero, desde el momento que así se llamasen, surgiría una barrera entre el estudiante y este Director que por este solo hecho pasa a ser habitante de otra tierra que la universitaria —, alguien, en fin, que sea suficientemente fuerte y al mismo tiempo lo bastante próximo para que pueda influir decisivamente en el am­biente.

Precisa una personalidad — y al fin y al cabo, para la realización de cualquier empresa la -precisa —, precisa un alma sacerdotal que sea el consejero espiri­tual, el «Seelsorger» (eso es, el que se preocupa por las almas) de los universi-

bocas estudiantiles otros, sobre la actua­ción de esos Sacerdotes en nuestros días.

tarios, que sea su guía, que comunique el ideal religioso al ideal científico que más o menos puro late en todo corazón estudiantil, en una palabra, que com­prenda y que sienta que el concepto de estudiante se encuentra en la encrucijada de los conceptos: joven e intelectual, despojando a esta palabra de los armó­nicos o disarmónicos concomitantes.

No es que el consejero de las almas universitarias tenga que ejercer un mo­nopolio de influencia sobre los estudian­tes ; su misión es lo bastante amplia para no hacer temer interferencias de cualquier clase. Muchos estudiantes hay para los cuales este sacerdote universi­tario sería su primer Director espiritual, ya en el sentido estricto, ya en el más amplio de la palabra. Además, aun para aquellos estudiantes que ya poseen una orientación fuerte y buena — nótese que no hablo de instrucción religiosa, sino de orientación, de una orientación de mi vida según un motivo trascendente, según un motivo religioso (aunque com­

patible, a veces, con mi egoísmo y miras puramente particulares) —. Para aque­llos, pues, que poseen esta orientación religiosa, el contacto, aunque sólo sea muy externo, con el Sacerdote de la Universidad proporciona igualmente un sentido, lina conciencia de su condición de estudiantes, de su responsabilidad como a tales, de su solidaridad con los demás que no adquirirían si cada uno fundamentase su piedad individual, sin ningún roce con la vida universitaria.

V la influencia negativa de esta piedad individualista, muchas veces mal enten­dida, sobre la vida profesional, es deci­siva. El solo hecho de conocerse la exis­tencia de un Director espiritual en la Universidad es uno de aquellos supues­tos implícitos que condicionan el am­biente. Un imponderable lo llamaría

Bismarck.

El sentido de fraternidad cristiana na­cido de la conciencia de la comunidad de ideal en torno al Director de univer­sitarios es otro de los factores inexpli­cables numéricamente y, no obstante, de gran importancia precisamente para la vida post-universitaria.

Tengo a mano datos concretos, vivi­dos personalmente unos, recogidos de

Dejo a un lado la descripción de la vida en algunas Universidades orienta­les, en donde el espíritu religioso es el que rige y da sentido a toda labor cien­tífica, aun a la más positivista, como en el Central Hindou College por ejemplo.

No puedo repetir las actividades que el Dr. Griera ha descrito ya con el colo­rido de la realidad, ni entretenerme tam­poco en la descripción de la impresión que hace a un estudiante extranjero que quizá aun no domina el idioma del país y que encuentra en el libro de la Uni­versidad, junto al nombre de los Profe­sores, el de un Director espiritual cató­lico de quien sabe, sin tener recelo de ninguna clase, que podrá orientarle en todos los asuntos, aun en los de puro trámite o puramente científicos.

Hay que tener en cuenta las condicio­nes especiales de cada país para com­prender cuáles deben ser las funciones externas de un Director, además de las peculiares de orden interno. No se trata ni de informar ni de multiplicar inútil­mente actividades existentes.

Recuerdo la impresión profunda que me hicieron las conferencias de San Vi­cente de Paúl en la Universidad de Bonn. Allí se vivía, se practicaba el Cristianismo y no sólo se teorizaba so­bre él.

Cuántas veces es la mano del Sacerdo­te la que avuda directamente en un apu­ro económico, o proporciona, incluso, una beca de las que en alguna parte tie­ne a su disposición. Padre espiritual más que Director, es la palabra adecuada.

Creo que, sin ser necesario presentar un plan concreto realizable *hic et nunc,* de lo dicho pueden brotar una serie de sugerencias que no hay por qué concre­tar ahora, va que más bien pertenecen a un Comité ejecutivo dispuesto a dar al ideal máximo de una vida : el religioso, el lugar que le corresponde, sin desar­monías de ninguna clase, en el rango de valores que son metas de nuestros actos.

Para terminar, permítaseme subrayar explícitamente la importancia de resi­dencias católicas «dignas y conforta­bles», sin que me extienda más en ello, y de la misión especialísima del conse- *i ero* espiritual de ser el predicador de la Universidad.

La Universidad debe ser algo más que una fábrica burocrática de títulos — no digo que nuestras Universidades lo sean —, es preciso que la Universidad misma, si queremos evitar ese dualismo del siglo pasado — a un lado la ciencia y la vida pública, y al otro, la religión en el recinto sagrado e invulnerable de la conciencia particular —, sea la que forme a sus estudiantes para la vida, y no en vistas al ejercicio exclusivo y uni­lateral de una profesión. Cuando la Uni­versidad tiene un predicador de quien oye con respeto su palabra llena del es­píritu de Cristo, entonces, la Universi­dad ha reconocido la primacía de lo es­piritual, de lo sobrenatural sobre lo in­telectual, y el ambiente es cristiano. La sugerencia a la restauración de nuestras capillas universitarias no puede ser más clara.

Se ha hablado mucho de la fecundidad de las ideas, pero se ha considerado poco que esa fecundidad consiste en que una idea es capaz de identificarse con un hombre, y entonces se llama ideal, y que desde aquel momento es la fuerza de la personalidad—hóchstes Gliich der Mens- chenkinder (Goethe) — la que se impo­ne, y a través de esa fuerza vital triunfa la idea.

Seamos nosotros no sólo oidores, sino realizadores del Reino de Dios sobre la tierra.